

—En buenas manos se halla esta reliquia, señorita, dije al salir, guárdela usted como un tesoro.

La casa de los Mier. — Con su antiguo aire nobiliario y su aspecto de lujosa mansión conservan los herederos de don Joaquín de Mier su casa solariega. Al pasar el zaguán se encuentra un gran patio con amplios corredores y arcos de piedra. No sin sorpresa se advierte que todos los pisos están cubiertos de cuadradas losas de mármol blanco y gris, mármol de canteras italianas, que en un tiempo se introducía, a poco costo, a Santa Marta. En el salón me recibe el señor José María Leiva y algunos de los bisnietos del ilustre abuelo de la familia, y con toda la galantería que heredaron de sus mayores, me pasean por la casa, me muestran un busto de Bolívar, vaciado sobre la mascarilla que tomó el doctor Reverend en San Pedro Alejandrino, y que tiene mucha semejanza con la efigie de Tenerani; un retrato al óleo que representa no a Bolívar Libertador, sino al marqués de Bolívar, de agradable fisonomía, rebosante de juventud, dueño de cuatro millones, jugador, enamorado, pendenciero y amigo íntimo de don Simón Rodríguez. A otro lado del salón me señalan un escritorio y una biblioteca, estilo imperio. En el primero se firmó el testamento y la última proclama, y la segunda guardó las obras predilectas del Libertador. Bajo la cubierta del escritorio está, bien conservado, un sombrero bicorne o napoleónico, de paño negro con palmas de oro, una gualdrapa azul con galones dorados, y algunas otras reliquias de Bolívar, que tomo en mis manos con reverente emoción. Al despedirme, echo otra ojeada por esos corredores, miro las pilastras, el patio de azotea, descendiendo la ancha escalera y me parece sorprender, en el descanso, el fantasma blanco del noble marqués de Torres-Hoyos, o veo entrar, bajo los arcos del patio, la historiada litera de don Joaquín de Mier, el hospitalario.

San Pedro Alejandrino. — En la tarde del 6 de diciembre de 1830 salía de la ciudad de Santa Marta una berlina acompañada por una pequeña comitiva. Después de recorrer una legua por entre avenidas de coposos árboles, se detuvo a la puerta de una hermosa quinta sombreada por tres corpulentos tamarindos y coronada por esbeltas palmas. La noche caía ya, pero en el horizonte brillaban aún los rastros bermejos que, en las playas de los mares, tiñen los cielos lejanos y las aguas tranquilas, infundiéndolo en el alma una dulce melancolía.

Las pisadas de los recién llegados resonaron bien pronto en las baldosas de los corredores y de las salas, y entonces empezó un movimiento general en toda la casa por parte de los amos y servidumbre que ansiaban llenar cumplidamente los deberes de una respetuosa hospitalidad.

El hombre de la berlina era el Libertador. Luego que hubo tomado asiento en el corredor, se puso a suspirar

con ansiedad el aire fresco de la noche, y, como si se hubiese restablecido con el viaje, manifestó a sus amigos que se sentía mejor.

Tales fueron las imágenes que obsesionaronme, enmudeciendo mis labios, en esta apacible tarde de abril, mientras en compañía de excelentes amigos he recorrido en coche la misma senda por donde ochenta años antes rodó, en una tarde igual, la berlina de Bolívar. El camino me recuerda el Valle del Cauca: vegetación lujuriosa, palmas cargadas de racimos, bambúes, luego el claro río Manzanares, después una portada recién enlucida, y, entre frondosos árboles, San Pedro Alejandrino.

Nos apeamos bajo los higuerones, respiramos, contemplamos y no cruzamos sino una que otra palabra. A la izquierda, un arruinado edificio que fue trapiche de mulas, más atrás otro en donde estaban las hornillas y calderas, en el centro la quinta, recortada por la azotea, con pilastras, ventanas de hierro y enrejados de madera. A la derecha, en medio de una artística verja, la marmórea estatua del Libertador.

Visitamos la capilla del patrono de la quinta, luego el salón, después la alcoba de Bolívar, con su amplia y abierta ventana que da al campo, y los desvencijados muebles de aquellos días. Aquí exhaló el último aliento...

En el corredor que da al patio interior, me detengo ante tres rojas y enormes tinajas que convidan a beber, tinajas bíblicas que evocan las de las bodas de Caná del Beroneso.

El patio presenta un aspecto agradable. Jardineras sobre las cuales había en otro tiempo jarrones de piedra; en medio, rosales y granados. En el fondo, una puerta que comunica a la caballeriza; tras la puerta, una alberca sombreada por árboles caseros; a un lado, un gran portón; al otro, un largo corredor de columnas blancas; en torno de la casa un tupido y cultivado bosque de mangos, naranjos, cuatro oscuros campanos o sanaguas, dos tamarindos verde-claros, dos decrepitas ceibas, dos higuerones, palmas; a corta distancia el callado Manzanares. Dichosos los que edificaron esta casa y plantaron estos árboles y vivieron aquí, a su sombra en riqueza y en amor y en silencio!

Traspuesta la portada, al volver los ojos y divisar por vez postrera, entre los árboles la blanca y grave mansión donde vivió sus últimos días el gran Bolívar, recuerdo a mis compañeros estas palabras de Goethe:

Meditaciones...

(Viene de la pág. 312)

el *Elogio de María*, la de Nazareth, meditación hermosa, originalmente sentida y que deja en el alma un sedimento de tristeza.

Jesús, duro como los creadores, no sintió una profunda ternura por María.

Max Grillo

Del tomo I de las *Meditaciones* de Omar Dengo, hay ejemplares disponibles. A \$ 2 el ejemplar. Dirijase al ADR. del Rep. Am.

Los lugares donde ha morado un grande hombre quedan consagrados para siempre; los siglos pasan, pero la posteridad se encarga de recoger allí el eco de su nombre y de sus hechos.

Oración pronunciada en San Pedro Alejandrino

En el centenario de la Independencia de Venezuela.

Una tierna solicitud, un piadoso regocijo nos consagra aquí, caraqueños y samarios, con austero recogimiento, a rendir homenajes inmortales y solemnes tributos al varón esclarecido a cuya invicta espada debieron los pueblos la libertad y cuya mente fue creadora de instituciones seculares.

Los antiguos, que exaltaron la alegría de la vida aun en los mismos sepulcros, se reunían alrededor de las estelas de sus héroes para vigorizar sus almas con las reminiscencias de sus proezas y virtudes y para alabarlos por la vida abundante y floreciente, y la radiosa posteridad que los dioses les habían concedido. Simbólicos dones, arraucados a la tierra, madre de todos, alternaban con las sagradas libaciones que consumían los enternecidos peregrinos de las tumbas, y fue así como—emblemas de augustas glorificaciones—los gajos recién cortados del laurel expresaron los atributos de la Poesía y ciñeron serenamente las sienas apolíneas; las rosas perfumaron la pasión de los amantes, y la verde encina fue insigne palma de los ínclitos aceros. Elocuentes ofrendas dispensadas por la tierra a sus hijos inspirados en sus sacros misterios o robustecidos por su fecundo aliento! El silencio los acompañaba, porque los afectos inmensos, los profundos pensamientos, manchaban su lozana belleza y virginidad al cubrirse con el tosco lenguaje de los hombres.

Estos frescos lauros, estas ramas de roble, estos pálidos cipreses y delicadas rosas, húmedos de rocío y fragantes del aroma de las florestas natales, son las palabras invioladas, los immaculados pánegíricos que nuestra lengua se niega a articular; ellos hablan armoniosamente por nosotros el idioma de las cosas infabables.

Sólo un recuerdo quiero haceros, puesto que en estos instantes todos repasamos, religiosamente, con un dulce sentido de leyenda, la maravillosa trama de la vida de Simón Bolívar. No os contaré ninguno de sus innumerables episodios heroicos o magnánimos o abnegados, ni os hablaré de sus soberbios días consulares de brillo y voluptuosidad, sino de algo que debe resonar en este recinto para el cual parece adivinado el ademán melancólico que imprimió al bronce el experto pulgar de Tenerani, de algo que podrá distraer la pena que ahora nos causa el recuerdo de las postreras amarguras del Caudillo.

Cuando la muerte nos priva de aquellos seres que nos fueron más queridos, se mezcla siempre al dolor de su pérdida un indecible remordimiento al pensar que, en vida, quizá no correspondimos debidamente a los beneficios que